

MECENAZGOS MUSICALES



**MÚSICA Y CONFLICTO SOCIAL
EN EL CARIBE COLOMBIANO**

Y CRÍTICA SOCIAL:

Yarlemis Cohen y Paola Pumarejo
Estudiantes V Semestre de Derecho
Semilleristas Grupo Oraloteca-Unimagdalena



Marimba en clave de sol

Esta es la historia de varias historias que comienza con un personaje nacido en el desaparecido caserío de Guaraca, jurisdicción del corregimiento de las Flores, municipio de Riohacha. Lisímaco Antonio Peralta Pinedo, involucrado en el negocio de la marihuana a mediados de los años setenta, conocida en ese tiempo como marimba; primero como transportador de las fincas a las pistas de aterrizaje clandestinas y luego como comprador de cosechas que él mismo embarcaba. Su historia y sus andanzas fueron recopiladas por quien lo inmortalizaría en uno de los versos más populares del folclor vallenato y cantadas: Hernando Marín escribió para que Diomedes Díaz cantara.

“Como Lisímaco Peralta Voy a cambiar de comedero”

La canción, acompañada por el acordeonero Juancho Rois, llamada Lluvia de verano, se convirtió casi en un himno para el marimbero triunfante del Magdalena y la Guajira. Era la articulación del orgullo costeño: con la frente en alto.

Pero no todo es bueno en el andar de estos hombres que nacieron entre parrandas, pues una parranda también acabó con la vida del protagonista de una lluvia escasa, una Lluvia de verano. Una camioneta último modelo le ofreció Lisímaco a Diomedes la noche en que

sus nubes se alejarían para siempre; la idea era parrandear durante tres días con aquella canción que el cantante había convertido en un éxito, aprovechando la ocasión del cumpleaños de quien estaba acostumbrado a cambiar de comedero.

Pero la naciente tradición enseñó a estos hombres que los problemas se resuelven con las armas. Reyes y Juanito Guerra guardaban hacia Lisímaco Peralta razones que aún se desconocen judicialmente, uno de dichos hermanos le disparó dos balazos a quemarropa y un acompañante de los Guerras le propinó siete más, todo esto en presencia del cantante que instantes atrás había entonado con júbilo:

*“al que le duela que le duela,
si se queja es porque le duele”*

Vallenato y comercialización Vs. coca y corrido

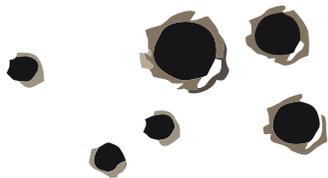
La música se convierte en una herramienta de popularización, de divulgación de las gestas, que entra a ofrecer en el mercado (donde todo tiene un precio), y a través de la cual se puede participar a algún amigo en el intermedio de la canción pidiendo, agradeciendo o cultivando un favor. Con la llegada de la comercialización del vallenato además de los amigos era necesario tener también un presente con los patrocinadores que financiaban las grabaciones de muchos artistas o que eran los

encargados de la parranda; el saludo era la forma de expresar la gratitud y pagar la deuda con fama. Otras veces las contraprestaciones no se pagaron, y el mismo Diomedes Díaz hizo famoso su reclamo cuando expresaba un saludo negativo, reclamando su pago: una Toyota “care sapo, que lo necesito”.

Podríamos pensar entonces que los saludos han llegado como una estrategia publicitaria para desbancar a las tradicionales pautas televisivas o cuñas radiales. La canción promete una fama internacional, y será aceptada, cantada y recordada por la mayoría de los aficionados al género. En ella el cantante pone a disposición las canciones de su producción, y el futuro homenajeado brinda una buena retribución. Por eso es común escuchar en las parrandas que planean un saludo:

“Compadre, pida lo que quiera. Pero me nombra en la que va a pegar”.

Esta expresión que masificó una práctica de la cultura costeña, paseándose entre acordes y poemas, brinda una muestra tangible del vínculo afectivo, a la vez que indica confianza y es acompañada de una generosidad que raya con la ostentación, ya que no esconde la intención de presumir y hacerse conocido a través de un buen saludo. Algo parecido revelaría el saludo a Saúl Severini que aparece en la canción El mundo al revés sobre el minuto 2:45 con la voz de Iván Villazón al lado de Saúl



Lallemand. Canción que daría nombre al álbum en 1999. “Saúl Severini y Vicente Caballero: Pivijay es Pivijay”. Este personaje del bloque norte de las AUC, sería capturado más adelante por responsabilidad en la masacre cometida en Trojas de Cataca donde murieron 68 personas.

Antes de la renovación de prácticas de ostentación entre músicos y los mecenas armados, también encontramos a las guerrillas que imperaron en la región a finales de la década de los ochenta y gran parte de la década de los noventa, como ocurrió con el ya nombrado Hernando Marín y el rey del vallenato en esas décadas, el cantante Diomedes Díaz: los mismos que no muchos años atrás habían cantado a la lujuria y la ostentación marimbera, quisieron mostrar otra faceta y lanzar un grito en nombre de la sociedad que anhela armonía, que sueña con poder vivir en paz. Lo característico de esta pretensión es que según Marín la “paz” se encuentra en las montañas guerrilleras, de donde hay que traerla, como el sentimiento que les inspira la Guajira:

***“Quiero traer de la Guajira el sentimiento de las montañas guerrilleras un son de paz
Quiero traer para el amor el pecho abierto
Y mi garganta dispuesta para cantar”***

La obra dio título a la producción de Diomedes Díaz y Juancho Rois en 1990, Canta conmigo.

Pero la entrada de nuevas culturas al negocio que abruptamente desplazó la actividad de los marimberos, hizo que se disipara el monopolio del vallenato y que las fiestas pasaran a bailarse con un ritmo brincado y con un acento diferente. El estilo en estas canciones se diferencia del vallenato que pulía una historia que perfectamente podía ser dedicada a una mujer, pero que en

realidad había sido pensada para algún “capo”, mientras una canción como El mexicano de Humberto Díaz difícilmente podría esconder su intención:

***“pasó a la historia un hombre valiente
Pasó a la historia un señor donjuán
Gonzalo Gacha era su nombre
Y fue buscado a nivel mundial”***

El Mexicano, Rodríguez Gacha, fue abatido por la fuerza pública en Sucre, mientras era perseguido luego de haber estado detrás de los grupos que protagonizaron la guerra sucia de la década de los ochenta.

Música y narcotráfico

Otro negocio, otros jefes, otro género, otras canciones. Patrocinados por los “duros,” los narcocorridos llegan al país a disputar un puesto entre los opcionados para las fiestas de fin de año o la celebración del cumpleaños, y rápidamente pasaron a adherirse a las entrañas de la cultura colombiana. Las canciones ofrecían tanto para los capos como para los cargos de menor jerarquía, por eso era frecuente en este tiempo ver a algún trabajador identificado con los mensajes que consideraban dedicados, cantar a viva voz algo como:

***“soy el raspachín de los cocaleros
Y vivo mi vida, vivo, vivo bueno***

Sin mayor esfuerzo es posible considerar lo anterior como la materialización de vivencias que han caracterizado la vida y hasta la muerte de los que hacen parte del negocio (El Raspachín, Los Balcanes del Sur.).

Dichas composiciones llegan a ser como un pedido a la carta y con las medidas exactas de alguna historia impactante, toman parte en el conflicto y expresan lo que sin melodía y sin ritmo costaría la vida decir. Una figura similar al “bufón del reino”.

Parece que la telaraña procura asegurarse un lugar en todos los rincones, pues como se hemos manifestado anteriormente, el narcotráfico conserva una estrecha relación con el conflicto y consecuentemente con fenómenos como el desplazamiento. Se necesitan tierras aptas para el cultivo y se consiguen de cualquier forma, para eso se tienen las armas.

Diciembre de 1993 fue probablemente el mes más dulce para el gobierno de César Gaviria; dieron de baja al hombre más peligroso del planeta para ese momento, Pablo Escobar, el líder del narcotráfico, de la narcoguerra y protagonista de algunos cuantos corridos prohibidos.

***“Era una muerte anunciada
Desde que ganó la cima
Puso el mundo de cabezas
El zar de la cocaína”***

Esta, la mejor forma para informar al mundo que trasciende fronteras inservibles de que la realidad distaba de lo imaginado, que el final que celebraban algunos no era más que un nuevo comienzo. Solo se puede decir que... La mafia continúa (Uriel Henao):

***“Los tiempos del Mexicano”
También de Don Carlos Lehder
Del señor Pablo Escobar
Él era el jefe de jefes
Tenía sus propios sicarios
A Popeye y el Arete”***

***... Fueron famosos carteles
Que pasaron a la historia
Ahora hay mucho traficante
Y eso es en toda Colombia
Ellos ya no dan papaya
Ahora se mueve más droga.”***

Para algunos, cinismo, para otros, la verdad contada sin tapujos. Alirio Castillo, uno de los principales productores de la música del conflicto, afirma



Música y narcotráfico

que el mercado ha variado vertiginosamente, hoy solo le queda recordar aquel éxito del que gozaban en el Llano y Santander, de los contratos que firmaban con la guerrilla no para tocar por horas, sino por días.

Pero de los productores de corridos prohibidos y sus vínculos con la guerrilla se debe pasar a los compositores insignes de esta organización, Lucas Iguarán y Julián Conrado, este último, distinguido por ser el hombre de confianza de Raúl Reyes, es autor de *Métase en el cuento*, que constituye una extensiva invitación para formar parte de las filas de las Farc:

**“El que ame la libertad que se meta al cuento hermano,
Que venga que aquí en las Farc luchará
contra el tirano**

En consonancia con esto, la fuerza pública en la década de los noventa, al hacer sus constantes requisas en los medios de transporte interdepartamentales, también iban en búsqueda de los casetes y CD de dichos grupos musicales guerrilleros: ¡la música no podía ser promotora de la subversión! Pese a todo esto, no es posible pensar que los corridos o la música de las FARC relegaron por completo el rol que durante años desempeñó el vallenato; basta recordar que en 1997 salió al mercado el álbum *Mi biografía* del cantante Diomedes Díaz acompañado por el acordeonero Iván Zuleta, dentro del que se encuentra la famosa canción *Que hubo linda*, convertida en noticia debido a un saludo que realiza el cantante a un narcotraficante del cartel de los Llanos, llamado Carlos Ernesto Parra Santos, distinguido por Diomedes Díaz como “Charlie”. La canción en el minuto 00:14 expresa: “Compadre Carlos Parra, nuestro querido Charlie”. Según información del periódico *El Tiempo* (1999, febrero 12), el vínculo existente entre ambos personajes al

parecer era fraterno, puesto que el libro “*Diomedes, el cacique y la difunta*” revela que los escoltas de mayor confianza del cantante le fueron sugeridos por Parra; esto sin mencionar que el presunto narcotraficante, según cuenta también el libro, puso a disposición del líder vallenato su avioneta privada para que en alguna ocasión lo condujera a un concierto en la capital.

Nuevos mecenas

Una estrategia estatal marca el rumbo de esta época, y consecuentemente su impacto en la música que hasta el momento ha sido testigo directo de las glorias y de las penas, se trata de lo que dice este corrido:

**“Estoy aquí en la cárcel
De los gringos
Porque de mi país me extraditaron
Tan solo por mandar 500 kilos”**

Se convirtió así la extradición en el enemigo más temible para los “profesionales”, “técnicos” y “tecnólogos” del narcotráfico, aunque muchos de ellos optaban por decir: “prefiero una tumba en Colombia”.

**“prefiero un cementerio
Aquí en Colombia
Y no una cárcel en Estados Unidos
Si me extraditan va a
correr mucha sangre
Eso al gobierno
Se lo aseguro”**

Saltando un poco en la línea del tiempo, se aprecia siempre que ni la música se ve exenta de una práctica irregular que permeó la mayoría de los escenarios sociales del país, incluyendo al sector político mediante el apoyo a las campañas. Es así como muchos senadores, alcaldes y gobernadores entre otros, fueron acusados por nexos con paramilitares, lo que ha sido denominado: “la parapoltica”.

Como era de esperarse, esta actividad política también permeó al gremio musical. El exalcalde de Magangué, Jorge Luis Alfonso López, hijo de Enilse López “La Gata,” fue destituido por irregularidades al no declararse impedido para la realización de algunos contratos. Diomedes Díaz lo saludaría de esta forma en la canción Lengua sanjuanera:

“A mi amigo Jorge Luis Alfonso López; compadre no hay chorro que no termine en gota”.

Las voces recientes

La primera década del año 2000 fue testigo de la polémica generada alrededor del cantante vallenato Alfonso “Poncho” Zuleta por sus presuntos nexos con paramilitares. Eso daría a entender el mismo artista en una de sus presentaciones en un municipio del Cesar:

“¡Nojoda viva la tierra paramilitar, vivan los paracos, nojoda! Estamos en Astrea, me hace acordar Astrea a San Ángel, mi tierra. Aquí también hay paracos, ¡por supuesto!”

Pese a que el cantante negó este suceso, basándose en que no era su voz sino un montaje, el nombre de Poncho Zuleta quedó salpicado y su inocencia puesta en entredicho. Posteriormente Zuleta Díaz sería acusado de concierto para delinquir tras la incriminación realizada por tres exparamilitares: “Cocoliso”, “Tatú” y “Centella”, quienes también aseveraron que el artista colaboraba con las autodefensas.

Ya decía un exponente vallenato de la región Caribe en la década de los setenta que los músicos y los narcos se fusionan. En su relato expresa que la mejor época de la música vallenata ha sido la cúspide

La música como expresión popular sobrevivirá independientemente de la suerte que corran sus exponentes.

de los narcos, pues fueron precisamente esos medianos o pequeños “capos” quienes impulsaron la carrera de muchos de los que hoy son grandes exponentes. Por testimonios como estos fue posible descifrar la incertidumbre que acogió a algunos músicos de la Costa ante la extradición, quienes aun hoy insisten en que “ya no se tocan las parrandas como antes.” Esto confesaba algún músico con añoranza, a quien consultamos para este texto, con su mirada perdida en nostalgias del pasado mientras recordaba las grandes cantidades de whisky, mujeres y comidas que se despilfarraban junto a los “tesos”, los “duros”: “ahora ya nadie te regala un acordeón”, vuelve a asentir, y penosamente concluye: “lástima que la desgracia de unos sea la gloria de otros”.

La música como expresión popular sobrevivirá independientemente de la suerte que corran sus exponentes. Quedarían incompletas las prácticas narradas en este texto si queda la idea de que el vallenato solo ha estado al servicio de los armados o de los poderosos de turno: también le ha cantado a la tragedia de la mujer explotada sexualmente en la voz de Jorge Oñate con su Mujer marchita, o se sublevó contra las injusticias interétnicas en la voz de Diomedes Díaz con “Yo soy el indio” (“compadre yo soy el indio Guajiro”), o aun le cuesta su estancia en este país a Máximo Jiménez en la canción vetada por los paramilitares en Córdoba: El indio sinuano.

Ante todo este recorrido general de algunas de las expresiones musicales que han tenido lugar en este país, solo nos queda decir que la música popular en el Caribe y en Colombia es una práctica social que ha servido como medio de divulgación de las trayectorias de los nuevos poderosos, pero también como transmisor de las rebeldías y de las inconformidades. ■